

CAPÍTULO X.

EN QUE SE TRATA DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR,
SI LO LEYERE.

PUES con estos batidores, muñidores y panegiristas viérades volverse la tortilla á favor de Fray Gerundio de manera, que toda la comunidad, á excepcion de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el provincial, para que, supuesta su aversion al estudio escolástico y su inclinacion al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse, y le nombrase por predicador sabatino. Aún así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reverendísimo provincial; pero al fin acabó de rendirle el sócio de su Reverendísima, que le sabia mejor que otros las escotaduras: bien que no se rindió del todo, hasta que uno de los padres más graves y más maduros del convento, que queria mucho á Fray Gerundio, pero que contaba más de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se enmendaria en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito, en que á lo ménos predicase con juicio. Pareciéndole al prelado, que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se orde-

nase de sacerdote, y le hizo predicador sabatino de aquel mismo convento con aplauso universal.

2. El que lo celebró más que todos fué el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, y el oráculo en materia de predicar de nuestro Fray Gerundio; porque, agregado ya á su gremio, y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenia como á su mandar, para hacerle enteramente á su mano, y se proponia sacar en él un discípulo, que eternizase la fama del maestro como el tiempo le acreditó.

3. Receloso de esto aquel padre grave, que habia salido por fiador de su enmienda, y se habia ofrecido al provincial á instruirle ántes que le acabase de pervertir el padre Fray Blas, con el pretexto de ir á recrearse algunos dias á cierta granja del convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido, para tener más tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarian, por cuanto no tener al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en él la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho más con sus ejemplos, todo lo echaba á perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre, porque era hombre prudente, sábio, más que regularmente erudito, de génio muy apacible, aunque demasadamente bondadoso, y por eso fácil á persuadirse á cualquiera cosa, y tambien á ser engañado.

4. La primera tarde, pues, que salieron los dos

á pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio á Fray Gerundio con llaneza y con cariño: ¿Con qué en fin, amigo Fray Gerundio, ya eres sacerdote del Altísimo, y predicador sabatino del convento? Sí, padre maestro, respondió Fray Gerundio, gracias á Dios, á la intercesion de V. Paternidad y á la de otras buenas almas. Ya sabes, continuó el maestro Prudencio, que salí por fiador con nuestro padre provincial, de que cumplirias con tu obligacion, y de que no nos sonrojarias. De eso pierda cuidado V. Paternidad, respondió Fray Gerundio, que espero en Dios desempeñarle á satisfaccion, y que no se arrepienta de la fianza. Pero, hombre; ¿cómo ha de ser eso, le replicó el padre maestro, si no has estudiado palabra de filosofía, ni de teología, ni de Santos Padres, ni de retórica, ni de elocuencia y en fin, de ninguna otra facultad? Y un perfecto orador, dice Ciceron, nada debe ignorar, porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. Ciceron, padre maestro, dijo Fray Gerundio, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles, que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores. ¿Pues de qué trataban? le preguntó el padre maestro. Yo no lo sé, respondió Fray Gerundio, porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, más que unas pocas oraciones del mismo Ciceron, que nos hacia construir el dómine Zancas-largas; y esas parece, que todas se reducian, ó á defender á un acusado, ó á acusar á un reo, ó á excitar los ánimos de un pueblo y de la República á alguna resolucion ó empresa que fuese útil para todos; y tambien me acuerdo haber construido una ú otra, que pare-

cia elogio de algun ciudadano que habia hecho servicios importantes á la República, ó acciones gloriosas que podian ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. Con efecto, de eso trataban los oradores gentiles, replicó el padre maestro, y á eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, á mejorar las costumbres. Y para eso solo se valian de tres medios, de defender la virtud injustamente acusada, y perseguida, de acusar al vicio inicuaente abrigado y defendido, y de elogiar á los virtuosos, poniéndolos al pueblo por dechado, y exhortándole á la imitacion. Pues véa aqui, amigo Fray Gerundio, como por tu misma confesion, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil, y los mismos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas), ó infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aún temporales que arrastra (y esto se llama acusarle), ó finalmente elogiar á los Santos y á los hombres virtuosos, poniéndolos por modelo al pueblo cristiano, y exhortándole á la imitacion de sus ejemplos. De manera que la famosa division de nuestros sermones en panegíricos y en morales, está reducida á esto; y á esto tambien se reducía la division de las oraciones profanas: con qué si Ciceron pedía en el orador profano tanto fondo de doctrina, que nada debía ignorar, porque se le habian de ofrecer mil ocasiones de tra-

tar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente sabiendo yo, que tú eres un un pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. No tiene que dársele á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio: lo primero, porque andan por ahí muchísimos, que no saben más que yo, y son unos espanta pueblos en esos púlpitos de Cristo; y lo segundo, porque Ciceron no es algun evangelista ni Padre de la Iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduría en el orador. No es Padre de la Iglesia ni evangelista, respondió el maestro Prudencio; pero es y se llama con mucha razon el príncipe de los oradores, y como tal pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir á los hombres á que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho; y para saber persuadir á los hombres, á que sean mejores, preguntó Fray Gerundio, ¿es menester saberlo todo?

8. Sí, respondió el maestro Prudencio, en sentir de Ciceron; menos algunas curiosidades de astrología, de matemáticas y de física, que sirven más para la diversion, que para el aprovechamiento, el orador debe saber, ó á lo ménos estar más que medianamente tinturado en todas aquellas facultades, que dicen relacion á las costumbres y á las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras, debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composicion: vé aquí la necesidad de la filosofia. Para definir, proponer, dividir, probar y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos

sólidos, es menester la lógica ó la dialéctica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es fácil distinguir, qué acciones de los hombres son conformes á ellas ó disformes; cuáles se han de aplaudir, cuáles se han de condenar: y esto ya véis, que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, más que mediana del derecho canónico, y una tintura por lo ménos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal á los hombres el orador que no estuviese muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quién creará que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho dicho: ninguno será buen orador, sino tiene algo y aún mucho de poeta. No hablo de aquella poesía que facilitita el modo de hacer versos, esto es, de hablar ó de escribir en determinado número y medida, que esto es cosa muy accidental á la poesía verdadera: hablo del alma, de la substancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevacion de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invencion, idea, y novedad de los discursos; porque sin esto, ¿cómo se pueden pintar con viveza los caractéres? ¿cómo se pueden mover y remover con eficacia los afectos? ¿cómo se pueden proponer las verdades más triviales con novedad y con agrado? Y véis aquí porque dice Ciceron (estas son sus formales palabras) *que el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la diction del poeta y hasta los movimientos y las ac-*

ciones del perfecto actor ó representante; y has de estar en la inteligencia, de que el nombre de filósofo en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia, que ahora llamamos filosofía, significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, á la legua se le conoce: anda arañando aquí y allí noticias triviales, conceptillos comunes para llenar su sermón, que al cabo sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, que no habla porque está lleno de verdades, sino que anda buscando verdades, porque tiene precisión de hablar.

9. Eso sería bueno, replicó Fray Gerundio, si los predicadores hubiesen de predicar de repente; pero en no admitiendo sermones si no es con dos ó con tres meses de término, está todo remediado, porque en este tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las poliantéas cuantas especies se quieran de todas las facultades, no solo para llenar sino para atestar un discurso. Así saldrá él, respondió el maestro Prudencio, y no habrá hombre entendido, que no lo conozca. A las mujeres, al populacho y á aquellos semisabidillos, que solamente lo son por lectura de socorro, puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices, al punto perciben el farrago, la inconexión, el haciramiento y la indigestión de las especies, que ninguno tiene peor sabidas, que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo más que trasladarlas del libro al papel, del papel á la memoria, de la memoria á los labios, y si se las tocan

dos días después, le cogen tan de repente, como si jamás las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que solo trabajan lo que basta para salir del día. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará bien de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular, el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. Y esa prevención, padre maestro, preguntó Fray Gerundio; ¿cómo se ha de hacer? Ya te lo he dicho, respondió el maestro Prudencio: primeramente estudiando las facultades necesarias, y después leyendo con mucha reflexión, observación y penetración á los Santos Padres, á los expositores y oradores más acreditados; ¡Jesús, padre maestro! replicó Fray Gerundio, sería ya un hombre carcuezo antes de ser predicador, porque para estudiar todo eso eran menester muchos años. A lo ménos, respondió el maestro, ninguno debiera ser predicador, que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasíadamente jóven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos, y todo lo demás que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y extensión necesaria, porque esta no se adquiere sin mucho estudio y lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádese, que á los predicadores demasíadamente jóvenes, si no suplen la falta de representación con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneración que son tan necesarias, para que hagan fruto los que ejercitan de oficio este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes, que no

es menester decirlos, para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. ¿Pues por qué se empeñó V. Paternidad, le preguntó Fray Gerundio, en que á mí me hiciesen predicador, siendo así que apenas he hecho más que cumplir los veinte y cinco? Extraño mucho que me hagas esa pregunta, respondió el padre maestro, no sin algun enfadillo. ¿Tan presto te has olvidado de lo que tú mismo me importunaste, para que hiciese este empeño? Fuera de que viéndote encaprichado en no seguir los estudios, y que echabas los bofes para aplicarte á esta otra carrera, quise ver si podías servir de algo en la religion, especialmente que los predicadores sabatinos, apenas son más que aprendices de predicadores, porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos de poco ó ningun concurso, para que se vayan ensayando; y me pareció, que en este tiempo podria suplir el arte, lo que faltaba al estudio y á la edad.

12. ¿Con que el arte ya puede suplir eso? replicó Fray Gerundio. Enteramente no lo puede suplir, respondió el padre maestro, pero de alguna manera sí. Por Dios, dígame V. Paternidad; ¿cómo podrá suplirlo? Leyendo con cuidado buenos originales, respondió el maestro Prudencio, esto es, los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España, y procurando imitarlos, así en la substancia como en el modo; ¿pero cuáles tiene V. Paternidad por los mejores sermonarios? preguntó Fray Gerundio. Toda comparacion es odiosa, respondió el padre maestro; y así, no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas, te digo, que los sermones

de Santo Tomás de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazon. Los de Fray Luis de Granada, á quien llamaron con razon el Demóstenes español, en el nérvio, en la solidez y en aquella especie de elocuencia vigorosa, que á guisa de un torrente impetuoso todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresion, la rapidez de la elocuencia, que reinan en los más de los sermones del padre Antonio Vieira, quizá le merecieron epíteto, que le dan muchos de mónstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. En verdad, replicó Fray Gerundio, que entre esos muchos no tiene V. Paternidad, que contar al autor del *Verdadero método de estudiar*, el cual dice, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada.... Que por haberse dejado arrebatado del estilo de su tiempo, tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia.... Que sus sermones están llenos de galanterías que divierten, pero que no persuaden.... Que los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangélicos, águila evangélica, ó no lo entienden ó hablan apasionados.... Finalmente, que era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma, como se lo oyó el autor á muchos jesuitas, que tenían de él perfecta noticia.*

14. Tambien yo la tengo, respondió el maestro Prudencio, de eso y de todo lo demás, que dice el Barbadiño autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera este quejarse, si le tratara á él de otra manera, que trata á casi todos los hombres grandes, que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar á entender, que todo el mundo tenia los ojos cerrados, hasta que él vino á abriroselos por caridad, haciéndoles ver, que eran unos pobres idiotas los que él calificaba por maestros. Nada se le dará al padre Antonio Vieira, ántes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve á él por el mismo rasero por donde llevó en materia de teología, á Santo Tomás, San Buenaventura, Suarez, Vazquez y á todos los escolásticos; en materia de filosofía á todos cuantos no la escribieron á *la dernière, et sic de reliquis*. No obstante, si su critica no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta, si se hubiera contentado con decir, que el padre Vieira, *especialmente en algunos de sus sermones panegíricos*, se dejó llevar con algun exceso, y aunque dijese con mucho de aquella especie de entusiasmo, que arrebatava á su fogosa imaginacion, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrían á ella, las cuales eran por lo comun sutilísimas, agudísimas, pero ménos sólidas, adelante: yo por lo ménos no me opondría á eso, porque estoy persuadido á que muchos de sus sermones, singularmente de los panegíricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar, que yo no te le propuse por modelo *en todos*, aún en aquellas determinadas cosas de que le alabé,

sino *en los más*. Pero pronunciar en cerro, y como dicen á red barredera, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada*, no fué tirar la barra de la critica hasta más allá de lo justo, fué propiamente tirar á desbarrar.

15. En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará de sus sermones, que no esté dispuesto con el más perfecto, con el más vivo, con el más natural, y al mismo tiempo con el más disimulado: si es que efectivamente hay otro artificio retórico, que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginacion fecunda, viva, espíritosa y animada, con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el padre Vieira en superlativo grado, hará sin pretenderlo y aún sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas, que el mismo Tulio las admiraría, y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no solo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observacion, sino otras muchas que no se habian observado, y que quizá son más enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriere este artificio en cualquiera de los sermones del padre Vieira, no entre á leer los libros sin Lezarillo.

16. Por lo que toca á la elocuencia, que persuade (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley), quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra más activa, más vigorosa, más triunfante que la del padre Antonio Vieira, singularmente en todos los sermones puramente morales, y tambien en muchos panegíricos. Lea con

reflexion los capitales asuntos, que trata en los sermones de Adviento y de Cuaresma, donde desmenuza los novísimos y promueve las verdades más terribles de la Religion, y dígame; ¿qué orador antiguo ni moderno trató jamás estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentía ni con más triunfante eficacia? Es un Ródano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso*, rio de la Etiópia, llamado así por su asombrosa rapidez; todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra, todo lo arrebatata. No hay entendimiento, que no se rinda á la convincente solidez de sus razones; y apénas hay corazon, que resista al rápido vigoroso impulso con que le combate: tanto, que oí decir á un célebre misionero jesuita, que si se formase un cuerpo de mision de los sermones del padre Vieira, entresacando los que corresponden á los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada bateria, con dificultad habria otros, que conquistasen más almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto consta de la vida de este hombre prodigioso, que no hizo ménos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiracion en los entendimientos, así en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. En Italia, vuelvo á decir, por más que el cetrino Barbadiño nos quiera persuadir, que oyó á muchos jesuitas italianos, *que el padre Antonio Vieira era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma*: ¿á qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese á los cocineros de las muchas casas que tiene la Compañía en aquella córte? Esto y

por decir, que aún éstos no ignoran el gran ruido, que hizo en ella, cuando fué llamado de su general, por haberle significado el Papa Alejandro VII, muchos cardenales y la famosa reina Cristina de Suecia, la gana que tenian de oírle, por lo mucho que había publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran, que despues de haber predicado varias veces en presencia del Sacro Colegio, convinieron todos, en que era aún mucho mayor que su fama. No ignoran, que habiendo predicado, digámoslo así, á competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres Sumos Pontífices, y general de toda la Compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razon, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasion natural con que necesariamente le habian de mirar todos los patricios; no obstante el peso que habia de hacer en la balanza ó el respeto ó la dependencia ó la adulacion ó todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su Religion, y con una autoridad casi despótica en la córte de Roma, por la grande estimacion que hicieron de él los tres Sumos Pontífices, que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo á decir, los jesuitas, que no obstante todo esto, en los dos sermones, que en la fiesta de San Estanislao de Koska predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugués, los extraños y los domésticos dieron al de éste la preferencia.

18. No ignoran, que el mismo general, en una carta que le escribió despues desde Roma á Lisboa,

le llama *intérprete verdadero de la Escritura*, singular órgano ó arcaduz del *Espíritu Santo*, modelo de oradores y padre de la *elocuencia*; siendo así, que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben á sus súbditos, aunque no les escaseen las expresiones paternales, los dispensan con mucha circunspeccion y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al padre Vieira, no solo no los ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño, pues se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho general, que se dieron á la luz pública. Finalmente, no ignoran los jesuitas, que el mismo Papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia, que se quedase en aquella córte, el uno para oráculo de su capilla Pontificia, y la otra para ornamento de su Real discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres más sábios, y más eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componían la córte de aquella extraordinaria princesa, por lo que dijo de ella con singular discrecion Samuel Bochart, haciendo el cotejo entre la reina de Sabá, que fué á conocer y á consultar á Salomon, y la reina Cristina:

*Illa docenda suis Salomonem invisit ab oris;
Undique ad hanc docti, que doceantur eunt.*

Que tradujo así un poeta castellano:

*Aquella por oir á un sabio,
Su corte y su patria deja;
Los sabios dejan las suyas,
Solo por oir á esta.*

Pero así el Papa, como la reina desistieron de su empeño, por no mortificar al religiosísimo y celosísimo padre, que habiéndose dedicado con voto apostólico cultivo de los negros bozales del Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente á la Cabeza de la Iglesia y á aquella sábia princesa, le permitiesen restituirse á donde le llamaba su espíritu y el de la divina vocacion.

19. Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de detenerle en Lisboa las instancias del Rey de Portugal, que quiso fijarle en ella, para tener el consuelo de oírle como maestro desde el púlpito, y obedecerle como padre en el confesionario, fiándole la direccion de su Real conciencia: más el gran Vieira, firme en la apostólica vocacion, y superior á todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la córte del Rey Don Pedro el ejemplo, que ciento y treinta años ántes habia dado San Francisco Javier en la del Rey Don Juan; pues supo representar con tanta eficacia á aquel Monarca, cuanto más y cuanto mejor le serviría en el Brasil que en Lisboa, que el príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos. ¿Pues quiénes pudieron ser aquellos muchos jesuitas romanos, á quienes oyó el Barbadiño, que el padre Vieira era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma? Harto será, que cuando le pareció oír esto, no tuviese arromadizados los oídos, ó á lo ménos atronados con el sonido de la turba magna, de cuyos estruendosos ecos dá muestras de gustar mucho, en varias partes del método,

pero con más especialidad en su furiosa respuesta á las reflexiones de Fray Arsenio de la Piedad.

20. Y de paso puedes notar la injusticia, y aún la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuada, *al deseo que el padre Antonio Vieira muestra en casi todos sus sermones de agradar al público.* Un hombre, que con tanta modestia y con tanto empeño huía los aplausos de la primera córte del mundo, y las honras con que esta y la de Portugal á competencia le brindaban, por ir á emplear sus raros talentos entre los záfios y tostados negros del Brasil. ¿Qué caso haría de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado, que debe pretender todo orador, para que le oigan con gusto, y abra el camino al provecho? porque al fin, aquel agrado y aquel aplauso, que consiste en las obras más que en las palabras, no es impropio, ántes es muy digno de cualquiera orador cristiano. San Crisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura popular del auditorio, no solo no hacia ascos de este agrado, sino que le pretendía: *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant.*

21. No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el señor Arcediano de Eborá (pues ya sabemos todos que lo es por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica el llamado Barbadiño), en que, no *casi todos*, sino muchos de los sermones *Panegíricos*, y aún tal cual de los *morales* del padre Vieira, están llenos de pensamientos más brillantes que sólidos, más ingeniosos que verdaderos: como

también de lugares de la Escritura, y de exposiciones traídas ó aplicadas con mayor agudeza que solidez, y consiguientemente, que sus pruebas deslumbran, pero no persuaden, deleitan, más no convencen. Tampoco me opondré del todo á lo que añade el Barbadiño, *de que tal vez fué aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia:* con tal, que no quiera significar por estas palabras: como parece lo da á entender, que el padre Vieira fué el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas, que no hacen merced á la Escritura, y hacen añicos la elocuencia.

22. En ese caso reñiremos; porque siendo tan erudito el señor Arcediano, como ciertamente lo es, no puede ignorar, que cuando nació el padre Vieira, ya estaba el mundo atestado de libros de *conceptos predicables*, así en portugués como en castellano, en italiano, en latin, y aún habia algunos en francés, que tenían desterrada de los púlpitos la elocuencia verdadera, y la genuina y literal explicacion ó aplicacion de la Sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que aunque propio, es el más arbitrario, y consiguientemente el más expuesto á desbarrar, si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento, el cual se apoderó de todo el siglo décimo sexto, y de mucha parte del décimo séptimo en que nació el padre Vieira. Ya encontró éste muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojos de Guevara, los reparillos de Fray Felipe Diez, y también en Italia y aún en Francia habian hecho grandes estragos en la

elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenieres.

23. Basten estos ejemplares para probar, que no fué el padre Vieira el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue, con que tal vez fué aquel, que con su mal ejemplo dió materia para que estas se introdujesen, en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré, que los sermones panegíricos con especialidad, están demasiadamente cargados de ellas, y por eso no te le propongo absolutamente por modelo; pero los morales, con toda seguridad pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudez ó pensamiento no tan sólido; pues morales y muy morales son todas la homilias de San Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno ú otro pensamiento que no parezca tan cimentado, no hay en la Iglesia de Dios modelo de elocuencia más acabado ni más perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversacion el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, el cual daba muestras de oirla con atencion y con gusto, tanto, que rogó al padre maestro, que tuviese la bondad de irle instruyendo poco á poco en aquellas materias, y aún le suplicó que le diese unas reglas breves, claras y comprehensivas para componer todo género de sermones panegíricos, morales y tambien las que se llaman oraciones fúnebres; á cuyas tres clases pueden reducirse todas las especies de sermones que se predicán. Pidióle más, que no solo le diese reglas para componerlos, sino tambien para el modo de predi-

carlós, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la decencia del traje, del juego de la voz, y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se lo ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose como dicen en agua rosada, y rebotando en el semblante una suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya á que habia de sacar en Fray Gerundio un predicador de gran pro, con des empeño de la fianza que habia hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazon, más que la bellaquería de su buen juicio; pero como el paseo habia sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacian su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto Fray Gerundio, se limitó la sesion para ocasion más oportuna, y se retiraron á la Granja á acallar las justas quejas de las tunicas estomacales.